

con su marido. ¡Pobre hermana mía! ¿Quién hubiera dicho que había de morir antes de acabar de criar á Fior d'Aliza?

XIV

Este recuerdo hizo que Antonio pasase la mano por los ojos y Fior d'Aliza miró á su hijo como si temiese no poder tampoco acabarle de criar.

— Antes de su muerte y de la de mi marido, prosiguió la anciana con voz debilitada por sus tristes recuerdos, vivíamos aquí muy dichosos, mi marido, yo, Jerónimo, mi hijo, á quien todavía estaba criando, Antonio, mi hermana y la pequeña Fior d'Aliza que acababa de venir al mundo.

Un día volvió mi marido de la llanura después de la recolección en las maremmas de Toscana : aquel año había hecho mucho calor : le esperábamos todas las tardes desde el día en que los trabajadores y los *Zampognari* volvieron á las aldeas de la montaña con las bolsas de cuero, llenas con su salario, colgadas á la cintura; un fraile limosnero que había pasado por la mañana de vuelta al convento de San Stéphano, nos había dicho que le había encontrado y reconocido de lejos, sentado á la orilla de una fuente en el camino que hay de

Luca á Bel-Sguardo. Esto me sorprendió, porque generalmente cuando volvía á su cabaña, no se entretenía sentado en el camino : ansiaba demasiado volver á verme y besar á su hijo. Por la tarde no oímos, como de costumbre, su cornamusa á través de los laureles de la cuesta, y si únicamente el paso lento y pesado de sus zapatos sobre los guijarros y el ruido de una respiración fatigosa.

— ¿Sera él? dije entre mi.

Y eché á correr para asegurarme. ¡Ay de mí! él era, pero ya no era el mismo : tendióme los brazos, dejando caer su cornamusa, y se desmayó sobre mis rodillas.

Luego que volvió en sí :

— Acuéstame, me dijo : la fiebre de Terracina me ha envenenado.

El hermoso ambiente de las colinas no hizo más que dar mayor fuerza al veneno que había penetrado en sus venas con los rayos del sol de las maremmas. Le enterramos al tercer día de su llegada, y sólo me quedó de él Jerónimo, á quien crié con más lágrimas que leche.

Así quedamos únicamente seis en la cabaña : nuestra anciana madre, que solo contaba ya los años de su vida por las pérdidas de su marido, de sus hermanos, de sus hermanas y de sus hijas,

casadas muy lejos, en la llanura; Antonio, á quien ve usted ciego ya y sin poder salir de la cabaña sino con su perro, para ir á oír misa al monasterio de San Stéphano dos veces al año; Jerónimo, mi hijo único, y Fior d'Aliza, cuya madre había muerto en la semana misma en la cual la echó al mundo. La cabra blanca fué la que la crió, y por eso ve usted como la quiere, cuánta envidia muestra cada vez que Fior d'Aliza acaricia á su niño, y como restrega sus cuernos contra su delantal. No parece sino que está celosa del amor de la madre á su hijo, y que mira á Fior d'Aliza como á su hija propia. ¡ Pobres animales! También sois vosotros de la familia. Los lazos están en el corazón, señor: hay muchos cristianos que no se aman tanto como nosotros nos amamos, el perro, la cabra y los carneros, sin contar el *Ciuccio*, el asno que está comiendo allá abajo en los cardos de flores azules del barranco.

XV

Los dos niños de quienes quedé por única madre, pues Fior d'Aliza ya no tenía la suya, fueron criados con la misma leche por mí y por la cabra, y mecidos en la misma cuna. Por miedo

de que los zorros y las ardillas les hiciesen daño mientras yo iba á escardar el maíz ó á remover las pilas de heno en la pradera, colgaba su cuna de la gruesa rama baja y flexible del castaño, dejando al cuidado del viento que los meciera suavemente en su nido: ¿no es así como las aves hacen? Como mis dos pájaros no tenían alas, no temía que echasen á volar durante mis ocupaciones.

Eran tan parecidos que sólo diferenciaba por el color de sus cabellos la niña del niño, cuando me tendían sus brazos para que les diese el pecho. No había seis meses de diferencia en la edad de ambos; Jerónimo nació en el mismo año que Fior d'Aliza vió la luz.

Á menudo decía á mi cuñado Antonio:

— « Vuélvete á casar para dar otra madre á tu hija. » Pero él me respondía siempre:

— « No; bien podría darle otra madre, pero ¿quién me daría á mi otra mujer? »

Su consuelo era no querer consolarse jamás. La pena que alimentaba y las lágrimas que no cesaba de derramar al pensar en su pobre y hermosa mujer difunta, acabaron por oprimirle el corazón y dejarle ciego como usted le ve: apenas podía trabajar ya en las cornamusas: además, tampoco se las encargaban desde que los franceses dominaron en Roma y en Luca: los *pifferari*

(tocadores de gaita) no salían ya de los Abruzzos y las Madonas no escuchaban serenatas en las calles ni letanías por las noches al pie de sus nichos abandonados. No se oía otra música en los baluartes de Luca y en las llanuras, que la de los instrumentos de metal de los regimientos, los tambores, y el ruido de los ejercicios de fuego. Habíamos perdido nuestro oficio de invierno; y mis débiles brazos y los brazos cansados del pobre Antonio, no podían sino cultivar un poco de maíz y de mijo que sazonado con leche de cabra daba á los pequeños... ¿Qué hubiéramos hecho para vivir el pobre ciego y yo sin las castañas? Pero los castaños nos alimentaban durante el invierno, y las higueras en el verano; secábamos las castañas al horno y las conservábamos en su corteza interior; los higos los pasábamos al sol sobre el techo de la cabaña, y rociados con un poco de harina de mijo, que molía yo misma en el mortero, nos duraban de un otoño á otro. Ya ve usted, señor, que buen gusto tienen, parecen azúcar ó pedazos de miel de nuestras tres colmenas, endurecidos en su cera.

XVI

Después que desteté á los dos niños, crecieron y se robustecieron visiblemente con este régimen.

Fior d'Aliza comenzaba ya á coger leña del bosquecillo de laureles para cocer las castañas en la olla de barro, y Jerónimo principiaba también á labrar la tierra para sembrar en ella maíz y mijo. En cuanto á las cabras, los carneros y el asno, guardábanse ellos mismos en el matorral, y cuando tardaban en volver por la tarde, el perro, á quien enviaba á la montaña, me comprendía y los traía solo á la cabaña. Aquel buen perro era padre del que usted ve acostado á los pies de su amo, y le ha enseñado tan bien que nos sirve como su padre, es un criado sin salario: por el amor de Dios.

XVII

Aun podíamos sobrellevar dulcemente nuestra pobre vida y bendecir á Dios y á la Madona de nuestro destino. Yo me iba haciendo vieja; Antonio estaba achacoso, pero paciente; el tiempo

corria como el agua del manantial, arrastrando sin ruido las hojas caídas, como los años contados en su curso; los niños se querían y estaban alegres; un fraile, limosnero del convento de San Stéphano, les enseñó la doctrina en los momentos que se detenía aquí, y ellos eran tan obedientes conmigo como con el viejo Antonio, y nos confundían de tal suerte en su ternura, que la niña no sabía si era hija mía ó de Antonio, y el niño no sabía si era hijo mío ó del anciano. Vivían como gemelos, como una hermana y un hermano. Sin decirnos nada, nos proponíamos casarlos cuando tuvieran la edad y sintiesen otra clase de afecto.

Pues con seguridad habían de amarse. Nunca veían otros niños de su edad, no tenían sino un nido en la montaña y una misma sangre en el corazón; un mismo aliento en el pecho y un mismo aire en su rostro. Sus juegos y sus risas en el umbral de la cabaña, en los días de fiesta al volver de la misa de los ermitaños camaldulenses del convento, eran la alegría de la semana; parecíanos que las hojas de los bosques se mecían con placer y que el sol brillaba y calentaba mejor al pie del castaño.

¡Jerónimo me recordaba tanto á mi marido con sus negros rizos bajo su gorra de lana parda! Antonio no podía recrearse también en la vista

de su hija á causa del velo que tiene delante de sus ojos; pero cuando oía su voz, á la vez tierna, jovial y argentina, como las gotas de nuestro manantial al caer desde los tallos de hierba sobre la pila, creía oír á su pobre difunta, mi hermana.

— ¿Cómo es? me preguntaba á veces. ¿Tiene una frente tersa como una copa de leche?

— Sí, le contestaba; con cejas de felpa negra, que principian á velar un poco sus ojos.

— ¿Tiene cabellos como la piel de la castaña al salir de la cáscara antes que el sol la quemee?

— Sí, le decía; con las puntas relucientes como el oro del cuadro de las Madonas, en el altar de los camaldulenses, cuando las velas encendidas le hacen brillar como fuego.

— ¿Tiene ojos grandes y rasgados que se abren humedecidos como una gruesa gota de lluvia de verano, sobre una flor azul en la sombra?

— Precisamente, le contestaba, con largas pestañas que tiemblan por encima coma la sombra de las hojas del avellano sobre el agua corriente.

— ¿Y sus mejillas?

— Como el terciopelo de seda rosado que se ve en los escaparates de las tiendas en la feria de Luca.

— ¿Y su boca?

— Es como aquellas conchas que traías en otro tiempo de las maremmas de Serra Vezza, que se entreabren para dejar ver su fondo rosado y blanco, dentadas en sus labios, y medio abiertas para beber en la mar.

— ¿Y su cuello?

— Delgado, liso, blanco y redondo como las columnitas de mármol coronadas por cabezas de ángel, en forma de chapitel, que hay sobre la puerta de la catedral de Pisa.

— ¿Y su cuerpo?

— Alto, esbelto, flexible y arqueado con dos ligeros bultos en el pecho, bajo su justillo aun vacío.

— ¡Ay, Dios mío! exclamaba, exactamente como su madre en la misma edad, cuando la vi por la primera vez en tu boda con mi hermano, tres años antes de pedirla á tu madre. ¿Y sus pies?

— ¡Oh! es preciso verlos cuando los enjuga en la hierba después de haber lavado á los corderos en el charco del barranco; cualquiera diría que son los pies de cera del niño Jesús con sus dedos pequeñitos, sobre la paja del establo de Belén, que veías cuando tenías tus ojos en el Nacimiento en el convento de los camaldulenses.

— Lo mismo que su madre, repetía admirando y llorando. Y esta escena se reproducía en la tarde de todos los domingos.

XVIII

¡Ay! aquellos momentos eran muy felices, señor; y luego yo le contestaba sobre todo lo que me preguntaba acerca de mi pobre y hermoso Jerónimo, verdadero retrato varonil de su graciosa prima; decíale que su estatura sobrepasaba una mano á la de la joven, que sus cabellos, menos ensortijados, eran negros como lucían las alas de las cornejas al posarse sobre la blanca nieve; que su frente era más ancha y alta y sus mejillas más pálidas y bronceadas por el sol; sus ojos, rasgados también, pero más tristes, debajo de negras cejas; su boca más grave, aunque igualmente suave; su barba más cuadrada y guarnecida de vello; su cuello, sus hombros, su talle, más formados.

— ¿Has visto á San Sebastián enteramente desnudo, atado al tronco de un árbol acribillado de flechas, con hilos de sangre que corren sobre su piel tersa y morena?

— Si.

— Pues bien, mi hijo se le parece cuando abierta su camisa deja ver su pecho, y más aún cuando se apoya en el castaño, enjugándose la frente después del trabajo. Muchos hombres he visto en la feria de Luca, y en el muelle de Liorna, descargando barcos, pero ninguno tan bello, tan fuerte y al mismo tiempo tan delicado : es el vivo retrato de mi marido cuando partió á esa fatal siega de Maremma.

Aquí tiene usted cómo pasábamos los domingos regocijándonos en nuestros dos hijos; todos los peregrinos que pasaban al subir á la iglesia de los camaldulenses se detenían para descansar bajo el castaño de la montaña y decían : « ¡ Bien os ha bendecido el cielo! no los hay más hermosos en la ciudad. »

XIX

Mas un día tuvimos grandísimo disgusto por causa de la belleza de Fior d'Aliza. Sucedió que vinieron muchas personas de Luca, que iban por curiosidad, pues ya verá usted que no era por devoción, á la peregrinación de los camaldulenses. Quiso la desgracia que en aquel momento acabase la chica de lavar los corderos en el charco

en que usted ve reflejarse el cielo azul en medio de los juncos floridos, en el fondo del prado, bajo los laureles. Estaba enjugándose los pies con un manojo de hojas de avellano, antes de volver á la cabaña; su camisa, mojada toda y pegada á su cuerpo, no estaba sujeta á su cintura más que por unas enaguas de bayeta encarnada que no pasaban de media pierna; sus hombros desnudos, dividían en dos matas sus cabellos, ya largos y espesos, que relucían como el oro al sol de la mañana : volvía á uno y otro lado su graciosa cabeza y reía al ver su movible imagen en el agua al lado de las flores, lejos de que ni siquiera se fijase en ella un pájaro del bosque.

XX

Sorprendidos los peregrinos al verla, se detuvieron y guardaron silencio para no advertirla, como cuando un cazador ve un venado confiado, solo, á las orillas del torrente, á través de las hojas. Cambiábanse signos de admiración mirando á la hermosa niña.

— ¡ He ahí una Madona! exclamó uno de los más jóvenes de aquellos señores.

— Es la Madona antes de la visita del ángel,

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO BEYES"
1919. 1625 MONTREY, MEXICO

dijo el de más edad. ¡Oh, Dios mío, qué será cuando tenga quince años!

XXI

— No tiene más que doce, señores, les dije para que dejaran de mirar á la niña, temiendo que le causaran rubor al pararse con más curiosidad debajo del árbol. Pero ellos, por el contrario, se sentaron á ruegos del más anciano.

La niña, que subía con los ojos bajos, confiada, sin haberlos visto ni oído, se ruborizó de repente hasta el blanco de los ojos, notando que se hallaba casi desnuda delante de personas extrañas; huyó como una cervatilla sorprendida á la cabaña, y no hubo medio de hacerla salir de ella, á pesar de haberse vestido detrás de la puerta.

XXII

Hablaron largo tiempo los forasteros entre sí en voz baja y me hicieron varias preguntas sobre nuestra familia, que honradamente contesté.

— Volveremos, me dijeron saludándome cor-

tesmente, y si quiere usted casar á su hija dentro de un año ó dos, la apalabro para mi hijo que ve usted aquí y que está ya tan enamorado de ella como si la conociera desde hace siete años, como Jacob.

— ¡Ah! no, señor capitán de los esbirros (que el que me había hablado era el jefe de los esbirros de Luca), le respondi riéndome: mi hija es demasiado joven, y todavía tardará mucho en poder tomar marido; y además es poca cosa para un capitán de los esbirros de la ciudad, que despreciaría nuestra humilde familia, y luego está ya prometida á su primo, el hijo del ciego que usted ve. Los dos muchachos se avienen perfectamente, y no es justo separar dos corderos que Dios ha criado juntos.

El capitán guiñó el ojo á sus compañeros, y volvió dos ó tres veces la cabeza, diciéndome adiós con un aire que parecía indicar: hasta luego.

He aquí lo que aquel día se dijo.

XXIII

Dos días después no pensaba ya en dicho suceso ni se pensaba en él en la casa, cuando volvió de la

ermita el capitán de los esbirros en unión de sus compañeros.

Esta vez era un domingo, y Fior d'Aliza, vestida con su traje más bonito, regresaba de la misa de los camaldulenses con su primo Jerónimo. Los últimos sonidos de la campana de plata de los ermitaños resonaban aun como un eco de la alegría de los ángeles; el sol de otoño bañaba con un rayo las tristes hojas amarillas; las castañas casi maduras, caían una á una con las hojas doradas sobre la hierba ramoneada por las ovejas; oíase á lo lejos el ruido de la cascada y los mirlos silvaban de gozo sacudiendo las alas y citándose en los laureles. Parecía que la alegría salía del cielo, del agua, del árbol, de la tierra, con los rayos del sol, y decía en el corazón á las aves, á los muchachos y á las muchachas: « Embríagaos, que ahí tenéis llena la copa de la vida. » En esos momentos, señor, sentía en mi juventud, como si me levantaran de la tierra, como si me hubieran puesto un resorte debajo de los pies.

XXIV

Los muchachos la experimentaron también y se pusieron á bailar uno enfrente del otro, como dos

cabritos, al pie del castaño, mitad á la sombra y mitad al sol. Jerónimo llevaba las polainas de cuero sujetas por encima de la rodilla con ligas encarnadas, su chaleco de tres hileras de botones de latón, la chaqueta parda de mangas sueltas colgaba del hombro; su sombrero de fieltro puntiagudo rodeado de una cinta negra que caía sobre su cuello moreno y se confundía en él con sus cabellos; la corbata floja sujeta sobre el pecho con un anillo de cobre, y bajo el brazo izquierdo su coramusa que parecía sonar por sí sola como si hubiese tenido el alma de los dos hermosos muchachos en su pellejo.

XXV

Fior d'Aliza llevaba su rico traje de los domingos, los alfileres de hierro con cabezas de oro atravesados en sus cabellos, su collar de tres vueltas de medallas benditas, con sus reliquias, bailando sobre su cuello; el justillo de terciopelo negro que su joven seno no llenaba aun; sobre su gorguera encarnada y escotada su saya corta de lana parda, descalzos sus pies y las sandalias en la mano, como dos panderetas, con su correa. Así bailaban de alegría, por bailar, sin sospechar

siquiera que la desgracia los acechaba bajo la figura de aquel capitán de los esbirros y de sus amigos, que ocultos detrás de los árboles los miraban

XXVI

— Vamos, muchacho, vente con nosotros para enseñarnos los senderos por donde puede bajarse más pronto á Luca, exclamó de repente el jefe de los esbirros dirigiéndose á Jerónimo. Te daremos un puñado de *bayocos* (moneda de cobre) en recompensa.

— Con mucho gusto, señores, respondió afablemente Jerónimo recogiendo sus sandalias claveteadas y poniendo en el suelo la cornamusa; pero no necesito bayocos para hacer un servicio; somos bastante ricos en la cabaña con nuestros castaños y nuestros maíces para dar á los peregrinos pobres, sin pedir nada á los ricos como vosotros.

Y echó á andar contento delante de ellos, dejando á la pobre Fior d'Aliza sorprendida y triste de no poder continuar el baile en tan hermosa mañana.

XXVII

Desde aquel día, señor, no ha pasado uno bueno para nosotros.

Pero perdóneme usted, el resto es tan triste que una pobre mujer como yo no podría referirlo sin llorar. Si quiere saber más, es preciso que el ciego se lo cuente, ó bien la misma Fior d'Aliza; porque en lo que toca á la justicia que vino á mezclarse en nuestros asuntos y á arruinarnos, Antonio entiende eso mejor que yo, y por lo que concierne á los amorés de la joven con su primo Jerónimo, que lo diga la joven *sposa*, que es asunto suyo, y no creía que en nuestro tiempo se amase como ellos se han amado...

— Y como se aman, dijo el ciego interrumpiendo á su cuñada.

— Y como se amarán, murmuró la joven entre dientes.